

La interculturalidad: presencia y ausencia en la universidad pública colombiana

Interculturalidade: presença e ausência na universidade pública colombiana

José Daniel García Sánchez¹

“Hoy en día, no hay apoyo ni solidez en ninguna parte. El mundo no se presenta, sino como fuga o como virtualidad. No hay sostén”

Henri Lefebvre

Resumen: La presente investigación es resultado de las demandas y luchas de la gente. Autores contemporáneos como Medina Revilla (2006) afirman que la interculturalidad también, “es algo más: parte de una tendencia y estrategia regional como global de inclusión reflejada en las políticas estatales y promovidas por organizaciones transnacionales, con fines de apaciguar la oposición.” Estas políticas ya globalizadas, se basan en el reconocimiento, la inclusión e incorporación de la diversidad cultural, no para transformar sino para mantener. Según este punto de vista, la interculturalidad se analiza desde tres perspectivas: la relacional, la funcional y la crítica. La perspectiva relacional se refiere básicamente, al contacto entre culturas, es decir, entre personas, prácticas, saberes, valores y tradiciones culturales distintas, los que podrían darse en condiciones de igualdad o desigualdad. La verdad y la paz tienen una hermana, la paciencia, cuya compañía es agradable como necesaria: vivimos en una Colombia en que la gran mayoría de colombianos nos comportamos bastante mal con: la familia, la compañera, el amor, el otro, y sobre todo con las minorías afro-indígenas y no nos reconocemos en el indio ni en el afro que tenemos en nuestra mezcla; estos pueblos milenarios lo que si tienen

Resumo: A presente investigação é resultado das demandas e lutas das pessoas. Autores contemporâneos como Medina Revilla (2006) afirmam que a interculturalidade também, “es algo más: parte de una tendencia y estrategia regional como global de inclusão reflejada en las políticas estatales e promovidas por organizações transnacionales, com fins de apaciguar la oposición”. Estas políticas já globalizadas, se baseiam no reconhecimento, na inclusão e incorporação da diversidade cultural, não para transformar mas para sua manutenção. Assim, a interculturalidade é analisada desde três perspectivas: a relacional, a funcional e a crítica. A perspectiva relacional se refere basicamente, ao contato entre culturas, quer dizer, entre pessoas, práticas, saberes, valores e tradições culturais distintas, o que poderia dar-se em condições de igualdade ou desigualdade. Verdade e paz têm uma irmã, a paciência, cuja companhia é tão agradável quanto necessária: vivemos em uma Colômbia, onde a grande maioria dos colombianos se comporta muito mal com a família, com sua companheira, o amor, o outro, e, sobretudo com as minorias afro-indígenas, e não reconhecem o índio e

¹ PhD en Filosofía y Educación. Investigador en Humanidades e Interculturalidad.

como su gran riqueza es “la paciencia del guerrero”. Sin moverse, escuchan y con avidez se concentran en la acción, vigilante, esforzada, modesta, e interesada de verdad en oír “a la pacha mama”. Lo que ha significado algunos pasos atrás, en sus luchas socio-históricas y políticas. El espíritu tutelar cósmico de una verdadera ontología social con la cual podríamos concretar un acuerdo para así poder vivir juntos. La interculturalidad crítica, es una opción educativa, formativa para las libertades, educar para más de lo mismo es negar la esencia de la interculturalidad; la universidad está lejos de potenciar esta dimensión, a los profesores y directivos no les interesa este discurso de la acción, esto es llamado mimetismo. Los contextos plurales son el nuevo escenario de América Latina; el mundo nos ve así, aquí la riqueza es a borbotones, pero la exclusión es la respuesta de todos -inclusive de nosotros – maestros y doctores. Sentar las bases de una nueva realidad es tarea de la universidad pública, con verdaderas autopistas de saber intercultural y, no más como remedo de doctorados y maestrías, calcados de los europeos.

Palabras-clave: interculturalidad; educación superior; diálogo crítico; innovación

o afrocolombiano que temos em nossa constituição; esses povos milenares antigos que têm como sua riqueza “a paciência do guerreiro”. Imóveis, escutam e com avidez se concentran na ação vigilante, esforçada, modesta e interessada de verdade em ouvir “a la pacha mama”. O espírito tutelar cósmico de uma verdadeira ontología social com a qual poderíamos concretizar um acordo para assim poder viver juntos. A interculturalidade crítica é uma opção educativa, formativa para as libertades, educar para mais do mesmo é negar a essência da interculturalidade; a universidade está longe de potencializar esta dimensão, aos professores e equipes diretivas não interessa este discurso da ação, isto é chamado de mimetismo. Os contextos plurais são o novo cenário da América Latina; o mundo nos vê assim, aqui a riqueza é aos borbotões, porém a exclusão é a resposta de todos, inclusive de nós – professores e doutores. Sentar as bases de uma nova realidade é tarefa da universidade pública, como verdadeiras autopistas do saber intercultural e, não mais como arremedo de doutorados e mestrados, fundamentados nos europeus.

Palabras-chave: interculturalidade; educação superior; diálogo crítico; inovação

La presencia y la ausencia no pueden concebirse como una cara doble; se abusa de esos centelleos en el mundo académico. En este ensayo, tuvimos que salir de la lógica monovalente, para así poder representarnos y poder ahondar el análisis. El camino está en ese juego, sustancial de la presencia, pero también de la ausencia inherente a la permanente segregación vivida en los últimos 60 años en Colombia. La presencia, como momento fenoménico nos muestra todas sus contradicciones y que, para encontrar a los sin voz, hay que ir al encuentro del otro; y solo se encuentra con el argumento que nos ofrece la filosofía intercultural: que si nuestros problemas son epistémicos, éticos, filosóficos, ontológicos, si, todo eso y no, otra cosa: vivimos “en el pantano y es allí donde reside el problema mayor de la preocupación humana. La toma de consciencia de aquellas zonas de la práctica poco definidas y cenagosas que permanecen fuera de los cánones de la racionalidad técnica” (SCHON, 1992).

Es por ello que cuando nos examinamos como disciplinas a lo largo de la historia de la humanidad, el hombre siempre ha presentado una tendencia a generar la idea de jerarquías sociales, políticas, económicas o culturales, que derivan en alguna forma más o menos de segregación, lucha de clases, antagonismos culturales, políticos o sociales. Además, otros factores como el miedo o la inseguridad son también esenciales para estimular que una parte de la sociedad segregue a la otra, aunque estos factores sean infundados o no. En Colombia, la segregación está marcada por una inequidad de la más alta en el continente; es una realidad, un hecho histórico y nosotros, los científicos sociales colombianos, la llamamos exclusión.

La exclusión es un fenómeno inherente a las democracias occidentales; en cambio, el segregacionismo es separar, dividir, apartar a sujetos comunitarios, minorías étnicas, como en el caso colombiano,

indígenas, mestizos, colonos, desplazados y sobre todo individuos que no se asimilan al establecimiento.

Para la interculturalidad, la segregación es una forma de violencia que cuesta mucho trabajo revertir porque no tiene que ver directamente con la violencia física, aunque sí puede implicarla. La segregación, tiene que ver mayoritariamente con actitudes de desprecio hacia aquellos vistos como inferiores. La segregación racial, étnica, cultural o social supone siempre una separación y en algunos casos puede llegar a implicar hasta la reclusión, en espacios cerrados o en ambientes muy pequeños, a una gran cantidad de población.

Hoy en día, la segregación está vista como un daño directo hacia la vida del ser humano, por lo cual se contempla que cuando ésta se produce se está violando los Derechos Humanos. Sin embargo, en la práctica, a pesar de que las sociedades occidentales han avanzado en gran modo sobre esta problemática, la complejidad de las sociedades multiculturales actuales hace que este tema no desaparezca. Durante la última década de un gobierno déspota y cínico pudimos ver y reconocer que con el lenguaje empleado se expresaba la segregación con adjetivaciones hacia algunas minorías como: “terroristas”, “delincuentes” “marica”; este tipo de rotulación está mostrando la violencia segregacionista en todo su esplendor. El país muestra en los últimos meses paros, manifestaciones permanentes de indignación frente a unos hechos reales de negación y de insensibilidad de una clase política autistas e insensible al sufrimiento de un pueblo.

Freud escribió un maravilloso libro “El malestar de la cultura”, en el cual plantea que el mayor don de la cultura es la seguridad que ofrece; los peligros de la vida son todos, el miedo, las restricciones, los seres humanos no somos libres de ir en pos de todo lo que su corazón desea. Los malestares son más comunes de lo que imaginamos, el sacrificio de la libertad individual, o la colectiva nos aprisiona al no ser. La cultura moderna nos ofrecía esa seguridad, la libertad de elección; las libertades conspiran contra uno mismo, las trampas de la razón en cambio nos dan, seguridad, certezas y protección. La ausencia de algunos de estos eventos nos generan pérdida de confianza, y a eso lo llamamos “depresión”, vivimos en sociedades depresivas, los políticos del mundo se aprovechan para ofrecer lo irrealizable: seguridad democrática.

Los avances en la “**Educación Intercultural**” en Colombia son poco significativos, más bien, se promueve la multiculturalidad y el otorgamiento de derechos, los que son reconocidos, pero condicionados por una Constitución Multicultural, en la que se deja por fuera a los pueblos étnicos, a los jóvenes, a los movimientos contraculturales.

Hoy en Colombia no podemos hablar de certezas sino de una seguridad insegura. El galopante proceso de globalización cada vez nos separa más como naciones hermanas que han construido su historia independiente, pero solidaria entre ellas, y respetuosas de las estructuras políticas en América; nuestra existencia como culturas es vulnerable, la familia en vez de ser un núcleo es un desarticulador de la vida misma en familia. Las creencias e identidades están colisionadas; abrir posibilidades de construir un nuevo proyecto intercultural, enfocado en transformar las relaciones, estructuras e instituciones para la sociedad en su conjunto, todavía es una utopía.

Nuestra educación superior vive en un pantano; pocos son los avances reales. La universidad pública en Colombia se debate por más de 25 años en reformas sin tocar la esencia de ella – *la investigación* –, nuestros pregrados son pequeñas carreteras, no tenemos verdaderas autopistas del conocimiento. La

necesidad de llevar a cabo acciones para la innovación de una conciencia transcultural, en perspectivas y escenario de la escuela, de la universidad, está lejos de nuestra realidad educativa. La verdadera universidad debería ser un lugar donde lo impredecible pudiera volverse acontecimiento de cultura, arte y ciencia. Para que la interculturalidad sea una realidad, hay que introducirla como proceso a través de verdaderas innovaciones educativas y políticas culturales. Hoy en día es el gran tema, los antecedentes de la educación intercultural lo muestran: es un tema de gran trascendencia, si bien su tratamiento en nuestro país es reciente, mal enfocado y con planteamientos con bases ontológicas sociales bastante pobres. La complejidad contextual es histórica, social, política, cultural y está marcada por la exclusión, la marginalidad, el no reconocimiento de derechos de negros e indígenas. Es evidente, aquí se dice de todo, pero lo real es que existe un *no diálogo entre culturas y saberes*. Estos serían los principios que defienden una educación superior intercultural en perspectiva latinoamericana; queremos enfatizar la importancia que tiene la comunicación intercultural para asumir los retos y desafíos en un mundo globalizado, destacando todos los obstáculos que encuentran los “afros”, los “indígenas”, sujetos al más despiadado segregacionismo y lo que genera esta situación. Entonces confiamos en que la “educación intercultural” puede desarrollar competencias que lleven a mejor comprensión entre los actores sociales de diversas culturas, en la búsqueda de la resolución, tanto del reconocimiento como de la adopción de formas de vida comprometidas en el diálogo de diversas concepciones, donde las minorías étnicas tengan voz, recursos y legitimidad, ya que estos están amenazados por una visión reduccionista y excluyente en el mundo de la vida: una falta de entendimiento intercultural en una sociedad como la colombiana, sí es una verdadera amenaza para las minorías étnicas.

En la última década en Colombia surgen tensiones, contradicciones culturales, políticas, entre los esfuerzos étnicos en defensa de lo propio y el uso del multiculturalismo, como parte de las estructuras políticas establecidas y de una nueva lógica cultural del capitalismo, que trata de controlar y armonizar la oposición, con su ideal de integrar estos pueblos, al mercado. Para ello niega la existencia de la discriminación, del legado colonial o la monoculturalidad, en la formulación y aplicación de las normas y de la complejidad de la diversidad. Lo que trae consigo potenciales trampas en la institucionalización de una educación tradicional, atrasada.

Elevar el nivel de inclusión, participación, no pasa de ser letra muerta en Colombia; aquí se dice que estamos en un país democrático-pluralista, participativo, pero eso es solo en el nivel formal del decir, pues en el hacer nos encontramos con los obstáculos para expresar lo plural, lo diferente e incluso lo antagónico; todo esto es tratado como voces enemigas, es decir voces que hay que apartar. La voz del otro no se reconoce, nuestras universidades son espacios de exclusión, impuesta por el aparato, y reproducida por los grupos hegemónicos. Se parte de una concepción formal, pero no real, en donde se reconozcan los grupos, las etnias minoritarias. La necesidad de una **educación intercultural** implica una reconstrucción de valores culturales y no dejarse echar el cuento del asimilacionismo. El **interaccionismo intercultural** es reconocer y vivir los antagonismos, sin temor, el verdadero diálogo entre clases, etnias, comunidades; está, ahí, el trasfondo, la esencia de la educación intercultural.

Desde esta perspectiva, la Constitución Política de 1991 se convierte en Colombia en una primera posibilidad, a partir de la cual se empiezan a generar nuevas condiciones para construir espacios democráticos para los pueblos discriminados y excluidos tradicionalmente, de las dinámicas políticas y económicas de la nación. “Las reformas constitucionales que responsabilizan al Estado en impulsar y promover

la interculturalidad y otorgan una serie de derechos a las nacionalidades étnicas, abren posibilidades, no solo a responder a demandas étnicas, sino también a construir un nuevo proyecto intercultural y democrático, enfocado en transformar las relaciones, estructuras e instituciones para la sociedad en su conjunto” (Walsh: 2005).

El presente año, de 2013, se ha mostrado como un año crucial, para el diálogo como dispositivo para la solución política del conflicto armado. Y desde una visión de filosofía política intercultural no podemos pensar en “guerra” “entre tú y yo” y “entre nosotros” pues, para lograr el acuerdo conducente a una paz, realmente se requiere un “**diálogo intercultural**”: diálogo entre el creer y el saber; la barbarie en todas sus manifestaciones de violencia ha hecho crisis estructural en el país. No se puede disimular más estos conflictos: la droga, el asesinato, la intolerancia religiosa, son enemigos mortales para la reconstrucción de una nación intercultural como lo es Colombia. Descubrir pluralismos, sueños y utopías es el comienzo para reconstruir nuestra historia y la interculturalidad juega un papel relevante para la construcción sin límites del reconocimiento de las minorías segregadas.

La interculturalidad se funda en la necesidad de construir relaciones entre grupos, como también entre prácticas, lógicas y conocimientos distintos, con el afán de confrontar y transformar las relaciones de poder, que han naturalizado las asimetrías sociales. A veces, lo pluricultural solo se usa en términos descriptivos, empero sus raíces y significados no se encuentran en la descripción, sino en las luchas en contra de la colonialidad del pasado y del presente y de la violencia simbólica, estructural y cultural (RIVERA, 1993, en WALSH, 2002. p. 2).

La situación de complejidad social y política colombiana nos lleva a ver y reconocer el papel que tiene que jugar la educación por las libertades, y dejar esa manía de la “izquierda infantil” entre el ideal de la clase dominante y las aspiraciones legítimas de las comunidades de excluidos, los sin voz, los sin tierra, los desplazados, los “desechables”, los trabajadores, los campesinos, negros e indígenas y sobre todo los mestizos, que lleva a negar el derecho a la protesta de estos, así como grandes dificultades a la hora de reclamar los derechos democráticos, reconocidos formalmente, pero no trabajados desde nuestras prácticas culturales y educativas.

Nuestra universidad no pasa del alboroto, de la protesta, de la piedra, de consignas con falta de imaginación y osadía. La pluriculturalidad oficializada se desarrolla alrededor del establecimiento de derechos, políticas y prácticas institucionales que reflejan la particularidad de las “minorías” añadiendo estos a los campos existentes. Por eso, el pluriculturalismo oficial es retórico, vacío de acciones reales. Este reconocimiento e inclusión no pretende solamente acuerdos, sino políticas educativas interculturales. La tarea de la educación es atender las comunidades y sus variedades de visiones y valores, no ese remedo del Ministerio de Educación Nacional; es hora de un gran debate de verdad, porque la **Interculturalidad** surge como principio de construcción de la culturas en relación, con la radical igualdad de las diferencias, en la dignidad de las personas y en el necesario conocimiento vivido por los pueblos: negro, indígena y mestizo. Cada ser humano tiene la irrenunciable necesidad de su plena identidad, pero de verdad, abierta al encuentro profundo con las demás identidades, con el firme compromiso de configurar y transformar la sociedad colombiana. Llegó el momento de la verdad, no más discursos sobre generalidades; el verdadero aprendizaje es desde las diversas opciones cognitivas, valorativas, que han construido las comunidades excluidas, de negros, indígenas y mestizos. Desafortunadamente, nuestras universidades están lejos de tal propósito; reproducen el “asimilacionismo dominante”, el miedo a perder el puesto,

el lugar, el sitio, los espacios negados y reforzados con las necesidades.

La consolidación de un real **Proyecto Educativo Intercultural** conlleva necesariamente que todos los ciudadanos deben ser capaces de ingresar en la esfera pública en igualdad de condiciones; una real política simbólica que reconozca la igualdad y no cree grados y órdenes entre los ciudadanos colombianos.

La interculturalidad se centra en la transformación de la relación entre pueblos, nacionalidades y otros grupos culturales, pero fundamentalmente también del Estado, sus instituciones sociales, políticas, económicas, jurídicas, entre esas y usted. Significa la oportunidad de emprender un diálogo teórico desde la interculturalidad; la construcción de nuevos marcos conceptuales, analíticos, teóricos, en los cuales se vayan generando nuevos conceptos, nuevas categorías, nuevas nociones, bajo el marco de la interculturalidad y la comprensión de la alteridad (WALSH, 2002).

La interculturalidad es una propuesta que “permite pensar fuera de las categorías de la modernidad, entender la importancia de los lugares epistémicos, éticos y políticos de enunciación y considerar la potencialidad de los espacios de las fronteras. Requiere aceptar que el conocimiento no es uno y universal para quien quiera ingresar en él (WALSH, 2002^a: 4); y que tampoco es uno el campo jurídico. La interculturalidad va más allá de la diversidad, el reconocimiento y la inclusión. En las leyes se cristalizan y se expresan las relaciones de poder existentes en una sociedad. La interculturalidad no se puede realizar por reformas o leyes estatales. Tampoco se reduce a la constitucionalización, ya que ésta no es un producto sino un proceso continuo, algo por construirse, que nunca termina.

Se trata de construir una propuesta civilizatoria alternativa, hacia la construcción de un nuevo tipo de estado y una profundización de la democracia (RAMÓN, 1998), que compromete a todos y a todas. En un mundo cada vez más entrelazado, no debemos ser unidireccionales sino más bien establecedores del diálogo en ambas direcciones. Es buscar un enriquecimiento y posible convergencia intercultural jurídica, que también permite incorporar de abajo hacia arriba, algunos principios subyacentes en el derecho indígena y afro al derecho estatal y, a la vez, construir una convivencia social donde diferencia e igualdad puedan empezar a entretenerse. (Albò: 2000).

La verdadera apertura hacia la diversidad, en Colombia, es resultado de las demandas y luchas de la gente; pero, también “es algo más: parte de una tendencia y estrategia regional y global de inclusión reflejada en las políticas estatales y promovidas por organizaciones transnacionales, con fines de apaciguar la oposición. Estas políticas ya globalizadas, se basan en el reconocimiento, la inclusión e incorporación de la diversidad cultural, no para transformar sino para mantener el *statu quo*, la ideología neoliberal e incorporar a todos dentro del mercado. Al centrarse básicamente en la política de la identidad divide a los grupos, disminuye fuerzas y, como ha dicho el Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC, 2004), imposibilita el intercambio de ideas entre los diferentes.

La mejor forma de hacerlo es hacer sentir como “incluida” a la gente tradicionalmente marginada, con derechos y atenciones especiales. Lo que se observa es la “estatalización” de las políticas y procesos de lucha indígena y afro; es decir, una dependencia del sistema jurídico-político y, por ende, una aceptación de este sistema, en vez de su rechazo o radical transformación, que en la práctica ha implicado cooperación, manipulación, división, individualización y pacificación (WALSH, 2005). Lo que ha significado algunos pasos atrás para las luchas socio-históricas y políticas de los movimientos, una maniobra desde “arriba” que desplaza el problema colonial y racial, poniendo en su lugar la preocupación por las políticas

de inclusión.

La interculturalidad es un proyecto político-epistémico, que va más allá del multiculturalismo, el cual requiere que las relaciones horizontales interétnicas se construyan a través de la creación de nuevos ordenamientos sociales (CRIC, 2004, en WALSH, 2005). Es un principio ideológico y organizador, que busca construir un imaginario distinto de sociedad, permitiendo pensar y crear condiciones para un poder social distinto y, también, una condición diferente, tanto del conocimiento como de existencia, apuntando a la descolonialidad. Según este punto de vista, la interculturalidad se analiza desde tres perspectivas: la relacional, la funcional y la crítica. La perspectiva relacional se refiere básicamente al contacto entre culturas, es decir, entre personas, prácticas, saberes, valores y tradiciones culturales distintas, los que podría darse en condiciones de igualdad o desigualdad (Walsh, 2005).

La verdad y la paz tienen una hermana, la paciencia, cuya compañía es agradable como necesaria: vivimos en una Colombia en que la gran mayoría de colombianos se comporta bastante mal con la familia, la compañera, el amor, el otro, y sobre todo con las minorías afro-indígenas y no nos reconocemos en el indio ni en el afro que tenemos en nuestra mezcla; estos pueblos milenarios lo que sí tienen como su gran riqueza es “la paciencia del guerrero”. Sin moverse escuchan y con la avidez se concentran en la acción. Vigilante, esforzada y modesta, interesada de verdad en oír a la “pacha mama”, el espíritu tutelar cósmico de una verdadera ontología social con la cual podríamos concretar un acuerdo para así poder vivir juntos.

La interculturalidad crítica, es una opción educativa formativa para las libertades, educar para más de lo mismo es negar la esencia de la interculturalidad; la universidad está lejos de potenciar esta dimensión, a los profesores, directivos no les interesa ese discurso de la acción, a eso lo llama mimetismo. Los contextos plurales son el nuevo escenario de América Latina, el mundo nos ve así, aquí la riqueza es múltiple a borbotones, pero la exclusión es la respuesta de todos –inclusive de nosotros maestros y doctores- a ésta; sentar las bases de una nueva realidad es tarea de la universidad pública, con verdaderas autopistas de saber intercultural, no más remedo de doctorados y maestrías, calcados de los europeos; requerimos innovación, imaginación-creativa, y beber de nuestras culturas.

La interculturalidad se entiende como herramienta, proceso y proyecto que se construye desde la gente; el foco problemático de la interculturalidad reside no solo en las poblaciones étnicas, sino en todos los sectores, con inclusión de los blanco-mestizos occidentalizados, y no solo entre personas o grupos, sino también entre lógicas, formas y maneras de producir segregacionismo. Por eso, se debe entender como propuesta de sociedad que busca modificar y transformar esquemas epistémicos, políticas públicas, la educación y otras esferas de acción, en el régimen de representación dominante (ROJAS Y CASTILLO, 2007), lo mismo que las estructuras e instituciones del poder racializado que siguen normativizando y naturalizando la diferencia como desigualdad.

Una ontología social es la renovada atención puesta por indígenas y afros, campesinos, colonos, al pensamiento como campo de lucha, intervención y creación, hacen evidente que **el proyecto de la interculturalidad** no es sólo político, sino también epistémico, en dos esferas, referidas como casa adentro y casa afuera (Juan García, en WALSH, 2002). La casa adentro implica los procesos internos de las organizaciones, pero más que todo de las comunidades, para construir y fortalecer un pensamiento y un conocimiento propios, presentes en la memoria de los sabios y ancianos, y en la filosofía y cosmología cuyas raíces se encuentran en la ancestralidad, como pero también, en la naturaleza y en la cotidianidad, como

hizo claro el intelectual Nasa, Manuel Quintín Lame (WALSH, 2005).

Reconstruir y fortalecer pensamientos y conocimientos propios, no como un saber folclórico local, sino como una ontología social, permite empezar a enfrentar el saber académico y la geopolítica dominante del conocimiento. Caminos que no niegan la modernidad, pero que permiten vivirla de otra manera, sin ser absorbida por ella. Cambiar el lente neocolonial y ver desde las historias vividas, promoviendo así una fortaleza colectiva de las comunidades académicas, culturales, contraculturales, se configuran como un proyecto y una realidad intercultural. La universidad es responsable por la organización de los saberes expresados en disciplinas, a través de ciencia, técnica y arte, y pero la reflexión es su gran arma. Todos estos saberes se pueden articular, dinamizar y flexibilizar en la medida que el currículo es el mapa visible, el punto de partida; expresa una dimensión de futuro continuo y un proceso permanente de reflexión, de investigación y construcción colectiva.

Un currículo intercultural contienen son formas pedagógicas para la apropiación crítica de la realidad, la construcción creativa del conocimiento y el desarrollo de competencias fundamentales. La universidad tiene que volver a conectarse con la vida, el conocimiento intercultural, con la ciencia, el arte de la vida de algunos pueblos, la realidad plural de las distintas culturas en convivencia y desarrollo. No el *desarrollismo*, sino el verdadero desarrollo de formas reales y tecnologías, generación de estilos divergentes de ver y sentir las realidades. La universidad pública colombiana está realmente amenazada y liquidada por el “burocratismo de la así llamada autoevaluación y acreditación universitaria; centro de debate de saberes y de contracorriente. Volver a situar una verdadera “Ágora universitaria”. Todo el desmonte del andamiaje teórico- crítico, potencia la así denominada “universidad eficientista, emprendedora, eficaz y progresista, que solo se valida en los establecidos procesos de acreditación institucional, de alta calidad”. Educar para las exigencias de toda la población colombiana es querer y saber reconocer, potenciar los saberes ancestrales y los nuevos paradigmas de la complejidad en un mundo en crisis.

Pensar en un vuelco en la educación es romper todas las “servidumbres simbólicas” de la universidad, esa lógica implacable del mercado y la servidumbre discursiva con la que se disfraza usando un discurso técnico-instrumental, que lo que busca el adoctrinamiento de “cadáveres exquisitos” para ser devorados por el mercado. Igualmente implica pensar realidades y dimensiones en torno al conocimiento y a la educación requiere atención política, ética a nuestras propias prácticas y lugares de enunciación para construir y generar conciencias políticas, metodologías interculturales y pedagógicas. Es necesario, además, enfrentar y hacer visible nuestras propias subjetividades y prácticas, incluyendo nuestras prácticas pedagógicas interculturales.

Para construir sociedades participativas y solidarias no basta un Estado que sea garante de derechos, sino que es igualmente necesario contar con actores sociales, es decir, ciudadanos, y ciudadanía significa, en este sentido, más sociedad: una comunidad de personas que *no se restringe a sus actividades privadas, sino que además concurre en el espacio y el debate público* para participar en proyectos y en decisiones compartidas. Este logro de una ciudadanía, pasa por la construcción de otras bases en las relaciones sociales. La educación entraría a jugar un gran papel, desde una propuesta intercultural. Para que esta sea una realidad vivida por las comunidades, la gente de una localidad y los ciudadanos de una nación, hay que introducirla como proceso de reforzamiento de las culturas locales (GARCÍA SÁNCHEZ, 2006. p.51).

La interculturalidad es una respuesta a la segregación (DE LUCAS, 1995. p.55).Segregación que

aparece en las bases mismas de la construcción de la nacionalidad colombiana, la cual impide el goce pleno de sus derechos a las grandes mayorías de la sociedad. El informe de la UNESCO sobre educación (1996) reconoce que una educación verdaderamente intercultural debe ser capaz de responder a la vez, a los imperativos de la integración planetaria y nacional y a las necesidades específicas de las comunidades concretas, que tienen una cultura propia.

Avanzar en la búsqueda de dignidad para la diferencia implica el compromiso de la sociedad en su conjunto. Para alcanzar este logro, el Estado debe mediar en un diálogo intercultural nacional e internacional, en defensa de la múltiple identidad nacional. Exige una visión que dinamice una cultura para la democracia y una democracia para la cultura (García Sánchez: 2006).

“La complejidad contextual e histórica del fenómeno de la exclusión en Colombia frente a la realidad multicultural exige respuestas innovadoras. En este sentido, se propone como parte de la educación intercultural, la implementación de una didáctica cultural participativa con la certeza de que ella promueve mayor comprensión y compromiso, tanto de parte del pluralismo como de las comunidades culturales y étnicas excluidas” (GARCÍA SÁNCHEZ, 2006).

Esta didáctica tiene como finalidad educar para la equidad social, mediante el reconocimiento de la interculturalidad lo cual implica un proceso (Ibid, 54), que considere las individualidades y la colectividad de los sujetos a intervenir. Una visión para el conjunto de la comunidad (SAIFULLAN y KHAN, 1984). “La didáctica cultural estudia el proceso de enseñanza, aprendizaje de una comunidad, y la forma como esta puede potenciar la reflexión permanente en su propia cotidianidad y en la sociedad en la cual interactúa, lo que le permite entender más claramente sus necesidades de crecimiento espiritual y material y las formas que debe asumir su propia educación” (GARCÍA SANCHEZ, 2006).

En Colombia, la mayoría de la población desconoce su pasado: su historia y sus culturas. Un país con profundas crisis de identidad, formado desde una mirada homogenizante y prejuiciada con respecto a los otros, lo que hoy es obstáculo para la construcción de una sociedad, según los principios de la Constitución Política de 1991. La educación ha sido utilizada para ocultar la realidad de dominación y la alienación, por el contrario, se trata ahora de denunciarlas, anunciar otros caminos, convirtiéndose así en una herramienta emancipadora (FREIRE, 2004. p. 73).

La educación, tomada como proceso de comunicación, constituye la base de la ciudadanía, por lo tanto, punto de partida para la comprensión y la práctica de la democracia (HOYOS VÁSQUEZ, 2012). En este orden de ideas, se busca “reconstruir un sentido de educación que se centre directamente en la condición humana y sepa desarrollar nuevas formas de humanismo para la cooperación antes que para la competitividad, que rescate las humanidades en su sentido más contemporáneo, para la formación de ciudadanas y ciudadanos responsables, actores en la sociedad civil y comprometidos con un sentido de democracia participativa que permita buscar nuevos caminos de colaboración intercultural”. Este sentido de experiencia en el mundo de la vida, es punto de partida de cualquier proceso educativo, antes que de toda teoría, ciencia o especulación; y también antes de cualquier ismo, porque precisamente todo ismo presupone una concepción del proceso que lo genera, que para nosotros es la forma de entender el humanismo, es decir, educación como formación (Bildung) del ser humano, tal como se nos da antes de toda consideración teórica, en comunidad.

Como en la vida diaria, así también en la ciencia, la experiencia es la conciencia de estar con las

cosas mismas, de aprehenderlas y poseerlas de modo enteramente directo. El punto de partida de todo proceso educativo debe ser la experiencia de la comunidad educativa: sus contextos, tradiciones, culturas, es decir, el mundo de la vida como horizonte universal de significados, y como fuente inagotable de validación de las “pretensiones de verdad”, según las significaciones comprendidas en la educación superior en Colombia. La visión, enfoque de una educación humanista desde un *Paradigma Intercultural*, implica generar las capacidades, competencias y actitudes, mas pertinentes para entender y compartir los pensamientos, conocimientos, emociones y sobre todo *solidaridad con el otro, diferente pero igual* en derechos a mi. He ahí el meollo de la educación superior intercultural.

El poder pensarse libre y responsable moralmente es momento determinante de la condición humana y por tanto, momento central de la educación para la mayoría de edad, para la ciudadanía cosmopolita en un mundo-uno y para la formación de la persona. Si la crisis, de la ciencia y de la cultura en general, es provocada en última instancia por un olvido de la persona, es decir, por la negación de lo humano, es necesario cambiar la educación enmarcada en el paradigma de la precisión, la eficiencia y la positivización, por el de una formación de la persona en marcos culturales y humanistas.

La filósofa norteamericana Martha Nussbaum en su estudio acerca de la relevancia de las *Humanidades* para la educación liberal actual, está comprometida con una concepción *Intercultural* y en su texto “El cultivo de la humanidad” hace un aporte definitivo en esta dirección. La Nussbaum articula su propuesta en cuatro características:

1. La primera es la actitud de reflexión socrática, que denomina búsqueda de una “vida examinada”.
2. La segunda característica asume los planteamientos de los estoicos, en especial de Séneca, Cicerón y Marco Aurelio para desarrollar en los estudiantes la capacidad de verse a sí mismos, no sólo como ciudadanos pertenecientes a alguna región o grupo, sino también, y sobre todo, como seres humanos vinculados a los demás seres humanos por lazos de reconocimiento y mutua preocupación.
3. La tercera característica se basa en la “imaginación narrativa” como mediación entre la propia identidad y la ciudadanía cosmopolita, con base en el sentimiento originario de la “compasión”, como un “sentir con” que me abre al reconocimiento del otro como diferente, en su diferencia y por tanto, como interlocutor válido.
4. Cuarta, finalmente, la ciudadanía cosmopolita necesita de los saberes desarrollados en las ciencias sociales y humanas en general para fortalecer argumentativamente los procesos formativos en una educación intercultural, que no tiene por qué caer en las trampas del multiculturalismo.

La educación intercultural debería ayudar a que cada persona lograra su “autonomía” en el ejercicio de sus libertades como ciudadano; el saber es la comprensión del conocimiento desde las múltiples expresiones de culturas, estudiarlas con una visión intercultural, ese nuevo estilo de construcción del conocimiento científico- intercultural. Capaz de formar ciudadanos verdaderamente libres y autónomos, para poder hacerle frente a este gran desafío; nuestras universidades públicas tienen que asumir verdaderos currículos interdisciplinarios de enseñanza intercultural y la mejor forma de asegurarse de que los estudiantes se relacionen con las CULTURAS es infundirles estudios divergentes de sus carreras universitarias, apelando a las diversas áreas de conocimiento que ofrecen las diversas regiones culturales

colombianas.

Los diversos discursos de las ciencias sociales se enriquecen ante todo por los diálogos interculturales (HOYOS VÁSQUEZ, 2012). La urgencia de explicar el sentido de la argumentación y de llegar a acuerdos, tiende a considerar este uso comprensivo del lenguaje como un momento superado mediante los consensos; *pero precisamente la posibilidad del disenso*, aspecto dinámico de la comunicación, se nutre de este nivel de la comprensión, que crea significados nuevos y permite imaginar soluciones posibles y reales .

El desarrollo de la modernidad a ayuda a comprender por qué es posible caracterizar un nuevo humanismo en términos más de colaboración –intercultural –, que de la deshumanización del capitalismo salvaje.

Hacer posible este ideal implica emprender acciones en diferentes claves interculturales. Una de ellas es la educativa, mediante *Propuestas Pedagógicas Interculturales* que permitan superar las múltiples contradicciones que impiden el mejoramiento de las condiciones de vida de la mayoría de la sociedad. Propuestas educativas que formen una ciudadanía, a partir de los viejos ideales ilustrados, ciudadanía que defienda la vida en sociedad, más desde el enfoque del desarrollo humano, (de capacidades) que de derechos humanos. Ciudadanos, actores y actoras, que mediante actos de comprensión intercultural de los fenómenos-culturales, políticos y sociales, para vivir por las libertades, equidad y justicia. La *interculturalidad es un proceso educativo*, es la utopías hecha real, sueño de diversidad planetaria, intercambios de deseos, sueños e imaginación. La interculturalidad es un modo de acción crítica. No es una visión de aceptar un fácil optimismo, no, por el contrario, es reconocer e inaugurar el conocimiento trágico como lo descubrió Nietzsche; no se celebra la muerte sino la victoria sobre la muerte. La tragedia propone una presencia: el héroe victorioso hasta su fin, inmortal.

BIBLIOGRAFIA

BAUMAN, Zygmunt. **En busca de la política**. México: Fondo de Cultura Económica, 2007.

Constitución Política de Colombia de 1991.

GARCÍA SÁNCHEZ, José Daniel. **Interculturalidad**: voz de los afrocolombianos. Editorial Fundación Universitaria del Área Andina, 2006.

GARCÍA SÁNCHEZ, José Daniel. **La Escuela Intercultural**. Ed. Ákrata editores, 2013.

HOYOS, Guillermo et al. **Comunicación, educación y ciudadanía**. Borradores para una filosofía de la educación. Siglo XXI editores, 2012.

HOYOS VÁSQUEZ, Guillermo. **Ensayos para una teoría discursiva de la educación**. Ed Magisterio, 2012.

- KANT Immanuel. **¿Qué es la ilustración?** Wasistaufklärung? Trad. al español por Eugenio Imaz. 4ª reimpresión. 1784.
- NUSSBAUM, Marta. **El cultivo de la humanidad**. Una defensa clásica de la reforma en la educación liberal. Ed. Andrés Bello. 1998.
- NUSSBAUM, Martha. **Sin fines de lucro**. Por qué la democracia necesita de las humanidades. Ed. Katz. 2011.
- NUSSBAUM, M. **Women and Human Development**. Cambridge: University Press, 2000.
- NUSSBAUM, M. 'Nature, function and capability: Aristotle on political distribution', **Oxford Studies in Ancient Philosophy**, Supplementary Volume, 1988. pp. 145-84.
- NUSSBAUM, M. 'Non-relative virtues: An Aristotelian approach', in M. Nussbaum and A. Sen (eds) **The Quality of Life**. Oxford: Clarendon Press, 1993.
- PÉREZ-BUSTILLO, 2001, en Walsh, 2002, Etno-educación e interculturalidad en perspectiva decolonial. Ponencia presentada en el **Cuarto Seminario Internacional "Etnoeducacion e Interculturalidad. Perspectivas Afrodescendientes"** CEDET, Lima, Perú, 7 de septiembre 2011.
- QUINTÍN LAME, Manuel, en Walsh, 2002, Etno-educación e interculturalidad en perspectiva decolonial. Ponencia presentada en el **Cuarto Seminario Internacional "Etnoeducacion e Interculturalidad. Perspectivas Afrodescendientes"** CEDET, Lima, Perú, 7 de septiembre 2011.
- WALSH, Catherine. Interculturalidad, reformas constitucionales y pluralismo jurídico. **Boletim ICCI-RIMAI**, año 4, nº36. 2002.
- WALSH, Catherine. Etno-educación e interculturalidad en perspectiva decolonial. Disponible en < <http://yessicr.files.wordpress.com/2013/03/walsh-etnoed-e-interculturalidaddecolonial.pdf> > aceso en 28/02/2014

Artigo recebido em: 2013-09-05

Artigo aceito em: 2013-12-06